

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Lagañas de perro

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

ARTURO FLORES

Lagañas de perro

XXV PREMIO DE NOVELA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

el paseo, 2021

 **u cicus**
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *Lagañas de perro*, de Arturo Flores, resultó ganadora del XXV CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2019/2020), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 10 de julio de 2019, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Carmen Camacho, Mercedes Comellas, Daniel Ruiz y David González Romero (en representación de El Paseo editorial).

© Arturo Flores Martínez, 2021
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2021
www.elpaseoeditorial.com

1.^a edición: octubre de 2021

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, s.c.a.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-124077-0-9
DEPÓSITO LEGAL: SE-1859-2021
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

I

El sol comienza a ocultarse tras las montañas, pero aún se alcanza a ver como un difuso punto amarillento. El camino de barro pronto quedará cubierto bajo la oscuridad y la vegetación. Afortunadamente, Tiburcio conoce bien el terreno y va abriendo paso con un machete. Le sigue el Chito, arisco, viendo aquí, viendo allá, con la escopeta en la mano y el dedo cerca del gatillo. Al final viene François Tertrais, de igual manera, con el arma lista. Camina con dificultad, pues la lluvia de la noche anterior dejó el suelo muy mojado y resbaladizo. No deja de maldecir el terreno, pero no se da por vencido, a pesar de que cae varias veces.

Salen de la espesura y se adentran por una carretera de terracería que los lleva hasta una casa de cartón, vieja y abandonada. Lo que antes fue una cerca de palos y alambre ahora está en el suelo, pudriéndose.

—Mire, mi güero —dice el Chito señalando unas luces entre la oscuridad—. Allá es Teacalco.

La noche oculta un pueblo que si no fuera por las luces de las casas distribuidas esporádicamente solo sería un cerro repleto de sombras.

—¿Entonces ya estamos en Morelos? —pregunta François Tertrais, con cierta emoción.

—Una parte de Teacalco le pertenece a Guerrero y la otra a Morelos, lo que las divide es el río Salado. —El Chito apunta hacia la oscuridad, por donde corre el río—. Cuando lo crucemos estaremos en Morelos.

—Pronto se hará justicia —dice François Tertrais.

Suspira de alivio. Siente como si una gran carga escapara con el respiro.

—Sí —dice el Chito—. Al fin. Solo falta encontrarnos con Ruperto.

—Voy por él —dice Tiburcio—. Ustedes esperen aquí.

—Pero... —va a objetar el Chito, pero termina aceptando. El cielo comienza a tronar.

—No se preocupen —dice Tiburcio antes de partir—. Esa lluvia no llega.

Pero las nubes cargadas de agua se dirigen directas a donde están. Parece que será una gran tormenta. Después de que Tiburcio se pierde en la oscuridad, el viento comienza a soplar más fuerte y con él viene el olor a lluvia.

El Chito y el francés entran a la casa, aunque saben que no les servirá de mucho.

—No me agrada esperar aquí —dice François Tertrais—. Además, desde que dejamos la sierra, Tiburcio ha estado actuando extraño, ¿no te parece?

—Sí, me di cuenta.

—No te quise decir nada.

El Chito lo mira directamente al rostro. François ha cambiado mucho desde que lo conoció. Su español es casi perfecto. El pelo rubio se lo ha dejado crecer hasta los hombros y la barba casi le llega al pecho.

—Creo que ha estado actuando así por el miedo a que nos capturaran —dice el Chito—. Cuando alguien no está acostumbrado al miedo, anda como venado, brioso. Pero, mira, ya estamos aquí.

—Tienes razón —dice François templando la voz.

En un rincón de la casa se recuestan y se cubren con los gabanes, aunque el frío no hace mella como el de la sierra. La lluvia comienza a caer suave y pronto se convierte en

una tormenta. La casa derrumbada no les protege de nada. Se cubren con pedazos de láminas para mojarse menos. El golpeteo de las gotas contra el cartón les impide conversar y cada uno se hunde en sus pensamientos.

François Tertrais está muy inquieto. Que hayan llegado hasta ahí sin ningún percance... Eso le hace dudar. A pesar de que Tiburcio es un indio, como el Chito, en su mirada no ve clamor de justicia. Recuerda a Melquiades Arroyo, cuando le dijo que los ojos del sargento Salgado eran de ambición. Quisiera que estuviera ahí para que viera los de Tiburcio y le dijera que podía confiar en él.

François Tertrais ahuyenta esos pensamientos y se concentra en lo que hará al pisar Francia. Primero que nada, irá a *Le Monde* a entregar la información que recabó. Se asegurará de que la impriman y la publiquen lo más pronto posible en la radio, la televisión y el internet. También irá a las organizaciones internacionales. Cuando todos sepan la verdad de lo que ocurre en Guerrero, entonces regresará a México, a Tres Cruces, para luchar con Epifanio y sus hombres, para estar con los suyos, porque ya forma parte de ellos. Son la única familia que le queda.

—Es hora, mi güero —dice el Chito, tocándole el hombro para despertarlo.

François Tertrais se había quedado dormido. Ni se dio cuenta de en qué momento lo hizo. Fueron tantos sus pensamientos que terminaron acurrucándolo.

El sol sale entre las montañas. El cielo está claro. No parece que fuera tiempo de lluvias, salvo por la vegetación verde y el suelo mojado. A los lejos, por la carretera de terracería por la que llegaron, se divisan unas camionetas que se acercan a toda velocidad.

—Chito, eso parece... —François Tertrais guarda silencio.

—Creo que tenía razón sobre Tiburcio, mi güero —dice el Chito al tiempo que revisa su arma—. Aquí termina nuestro camino.

François Tertrais ya ha escuchado esa frase, pero esta vez sabe que es la última. Reconoce las camionetas del ejército, que vienen como bestias embravecidas.

—Solo espero que venga el coronel —dice François, alistando su arma.

—Yo también —dice el Chito—. A luchar, que pa eso nacimos.

—En caso de no librarla —dice François—, nos vemos en Tres Cruces junto a los nuestros.

—Sí, mi güero. Allá nos vemos.